

CUENTO N° 10

TÍTULO: CAMPANAS

SEUDÓNIMO: PEDRO LUCIO PASTOR

CAMPANAS

Pedro Lucio Pastor

Luis Vicente coge con sus manos rudas las cuerdas del campanario y comienza, alternadamente, a tirarlas hacia abajo para que, de esta forma, las campanas comiencen su repicar en el cielo vasto y soleado de Pueblo Solo, anunciando, con ello, que otro muerto ha arribado al cementerio.

Luis Vicente ya sobrepasa los setenta años y este trabajo de campanero del cementerio se lo ofreció el cura párroco hace ya tiempo, cuando el hombre, solo y desmedrado como es, acudió a su oficina para pedirle ayuda en comida pues su estómago hacía días no probaba bocado y la fatiga ya comenzaba a acosarlo con su sombra despiadada, y una musiquilla insistente ya se dejaba escuchar como un mal presagio en sus vísceras famélicas.

El hombre aceptó el trabajo sin condiciones y al día siguiente ya se mudaba a un cuarto de adobe cedido por el sacerdote, ubicado a continuación del camposanto. Su trabajo consistiría, únicamente, en tocar las campanas del cementerio cada vez que llegara un cortejo fúnebre y, de esta forma, debía anunciar a la gente de Pueblo Solo que otro de sus habitantes había pasado a mejor vida.

A Luis Vicente no se le conoce familia. Llegó al pueblo una tarde soleada de enero, cargando en su espalda una raída alforja de cuero, en la que guardaba sus escasas pertenencias. Nadie a esa hora se veía deambulando por sus calles polvorientas. Era la hora en que sus habitantes hacen la siesta y la hora en que el sol del verano deja caer su canícula ardiente con mayor insolencia y desenfado. Se hospedó en la única residencial del lugar y pagó por adelantado una semana de alojamiento, echando mano, para ello, a los escasos ahorros que cargaba en su morral desvaído. Acabada la semana, la dueña de la residencial, una mujer bondadosa y afable, le permitió quedarse a vivir en ella exigiéndole, a

cambio, que se encargara del aseo de las piezas y de la limpieza y ornamento del pequeño comedor.

Al poco tiempo, la mujer enfermó gravemente y luego de siete días de padecimiento murió, pálida como una luna, en su cama de marquesas de bronce y sábanas de broderie.

Luego de su muerte, sus hijos continuaron con el negocio del hospedaje y Luis Vicente fue despedido, ya que los nuevos dueños trajeron a una mujercita de rasgos aindiados, de baja estatura y piel curtida, para que continuara con este trabajo. Fue, entonces, cuando el hombre acudió a golpear la puerta de la oficina del cura párroco, invocando su benevolencia y ayuda.

Luis Vicente ya no recuerda cuántos años lleva tocando las campanas del cementerio. Solo recuerda que con su música metálica y monótona ha anunciado la muerte en Pueblo Solo de viejos avaros y adinerados, viudas risueñas y acomedidas, criaturas que se volvieron ángeles antes que los cogiera la mundanidad, y suicidas despechados por el amor.

Un día Luis Vicente se sintió mal. El cura, entonces, mandó llamar al médico del pueblo. Este lo visitó en su pobre cuarto de adobe, lo examinó con rigor de galeno, y su edicto fue inapelable: el hombre padecía una enfermedad grave y silenciosa que se le había instalado en su cuerpo esmirriado hace ya un tiempo y que hacía presagiar que sus días de sobrevida se podían contar con los dedos en el calendario que colgaba mustio sobre la cabecera de su cama.

Una fría mañana de otoño Luis Vicente murió solo, abotagado por la enfermedad, con sus manos callosas y llagadas de tanto coger las cuerdas del campanario. La noticia corrió como un río desbocado por las calles polvorientas del pueblo. Toda la gente de Pueblo Solo acudió a despedirlo. El cura le ofrendó una misa de cuerpo presente en la parroquia y luego el féretro fue trasladado a pulso por los propios habitantes hasta el cementerio. Hubo discursos, flores, lágrimas, pañuelos blancos que se enarbolaban en el aire. Nadie, sin embargo, tocó las

